



ESTA HISTORIA: MI HISTORIA.

Consuelo Morel Montes

Socióloga y subdirectora Escuela de Teatro UC

Crecí y me desarrollé en lo humano y en lo profesional en torno a los múltiples espacios que otorga la Escuela de Teatro. Le debo, por lo tanto, una enorme gratitud y lealtad, la que espero me mantenga siempre atenta a sus distintas etapas y evoluciones.

Repaso esta historia y vislumbro en los 70 la tensión, mi tensión, la tensión del país. Lo principal por esos años era sacar adelante un proyecto académico, un trabajo, una vida. Por cosas del destino, el teatro se atravesó en mi vida. A poco andar, Eugenio Dittborn me llamó para hacerme cargo de la Sub-Dirección, cargo que desempeñaba al momento de su muerte. Hoy pienso con mayor perspectiva que no era extraño que el teatro requiriera de científicos sociales e investigadores de la cultura, dado la crisis que se vivía y la presencia del lenguaje audiovisual que marcaban definitivamente las concepciones de mundo y por lo tanto al teatro.

Muchos miedos y fantasmas me rodeaban y nos rodeaban. Aprendí, en esa época, a ser Sub-Directora y Directora de esta Escuela: pasé de joven a adulta y de la docencia incipiente me adentré en la capacidad de organizar y coordinar actividades académicas. Aprendí, a muy poco andar, con la muerte de Eugenio Dittborn, que *mandar* no era eso, sino lo contrario: consistía en servir, en poner la mente *a disposición* e intentar contener los múltiples conflictos que ello encierra. En un comienzo pensé que era necesario mucho oficio, mucha estructura y tal vez excesivos cumplimientos de tareas. Yo venía con una formación de las Ciencias Sociales que era exigente y rigurosa. Con la EAC, aquello se me acentuó. Hoy, sin embargo, mirando con más perspectiva, pienso que lo más necesario—fuera del trabajo bien hecho— son y fueron las relaciones humanas, la presencia de los otros, del otro. Ellas sostuvieron y sostienen, al modo de un grupo familiar, la actual Escuela de Teatro de la Universidad Católica.

La consolidación de un camino laboral pasó, sin dudas, por relaciones personales importantes y por una fe, muy fuerte, en la unidad por sobre la división. La fuerza de creer en una unidad y una unidad al servicio de algo grande fue mi gran aprendizaje de esos tiempos. Mientras mi juventud estaba tensionada por múltiples encrucijadas de la vida, mientras nacían mis hijos, sufrían mis amigos y las contradicciones eran a ratos demasiado agudas, la Escuela de Teatro fue un lugar de unidad, de proyecto y de solidaridad humana. No se desmembró ni decayó. Por el contrario, la Escuela, con nosotros más jóvenes e inexpertos, logró sortear miles de escollos y dificultades. Confieso que puse, junto a otros, toda mi energía en ese aprendizaje y mi voluntad férrea para, a ratos, mantener un liderazgo que mostraba convicciones y derroteros acerca de lo que debíamos hacer como teatro y como universidad. Hoy pienso que la clave fue mantener esa unidad de proyecto y no dejar que el conflicto que divide y resta, se impusiera con demasiada fuerza entre nosotros.

Con el tiempo, el trabajo en investigación y docencia me llevó a otro campo. De la Sociología y las Comunicaciones, de la extrema investigación científica empírica, llegué a otra área: la Psicología y en especial a la fenomenología y al pensamiento Psiconalítico. Cerca de los años 80 ésta se unió a mi formación en Ciencias Sociales como una vertiente riquísima de experiencia personal, de nuevos cursos y nuevos amigos a quienes debo gran parte de mi formación en esta disciplina. Con proyectos decisivos apoyados por FONDECYT, me cambió la percepción del teatro y de la vida. Cambié de vocabulario, de criterios de lectura y de miradas acerca de la realidad. El encuentro con lo psicológico y sus grandes teorías y aportes al conocimiento de la mente, fue para mí un cambio radical, de efectos infinitos en mí misma y en mis labores en la Escuela de Teatro.

Allí aprendí que la apariencia del decir racional era un mínimo en torno a la verdad total del sujeto que la decía. Se afianzó en mí la conciencia del misterio del hombre, de la búsqueda del autoconocimiento que me acercaba a lo desconocido y a lo inconciente. La pregunta por la identidad, mía y de los otros que se relacionaban conmigo, las biografías humanas y las formas que adquirían, adquirieron una fuerza inusitada en mi trabajo y en mi ser. Reflexioné, pensé, viví lo *repetitivo* del conflicto en **Háblame de Laura**, lo terrible de la *adicción* en *Mary*, de **Largo viaje de un día hacia la noche**, el drama de *la soledad y de la muerte* en **Final de partida**, de Beckett. Junto a ello, y en paralelo a la Escuela de Teatro, fui a la Escuela de Psicología de la Universidad Católica, al ICHPA (Instituto Chileno de Psicoterapia Psicoanalítica) a múltiples cursos y seminarios sobre estas materias. Conocí otros mundos y descubrí que lo psicológico y sus dolores se convertirían en un área central en mi preocupación por la vida: comprendí, tal vez, que ello constituía lo *más humano de lo humano*... Reconozco que fue un cambio radical en mi ser, que aún no termina, que es fuente de nuevas áreas de trabajo y que comprometió mi mirada personal de por vida. Le debo a la Psicología y en especial al enfoque psicoanalítico, con todas sus actuales revisiones, y a las personas que lo encarnaron en su encuentro conmigo, eterna gratitud por lo fecundo de ese vínculo, por su capacidad de complejizar mi mirada y por la posibilidad de mantener una atención constante hacia zonas de la vida que son determinantes y muchas veces pasan desapercibidas. Se aumenta la humildad y la capacidad de reparación si se está cerca del mundo interno y sus conflictos.

Así, los sucesivos cambios curriculares, las reaperturas y cerradas de la Escuela, se encontraban con profesores en nuevas etapas. No dejé nunca mi trabajo de *administración y coordinación académica*, y asumí en muchas ocasiones y por largos años el cargo de Sub-Directora, al punto de estar muy identificada con él. Siempre lo quise, pero fue soltándose cada vez más en aras a la *realidad humana* de esta Escuela. Aprendí con el tiempo a hacer clases de otro modo, a recibir cada vez más de mis alumnos y compañeros de trabajo, de sus vidas, sus experiencias y puntos de vista.

Desarrollé la capacidad de mirar cada vez más el crecimiento de los otros que entraban y salían de este lugar. Son ellos los que han permitido importantemente mi renovación. Me angustió el cierre de la Escuela de Teatro en el año 82, pero más me angustiaba el perdernos en los derroteros finales de nuestra Escuela, en los objetivos de servicio a las nuevas generaciones, al teatro chileno y al país en general.

Así las cosas, llegando ya a fines del 80 y los 90, todo este proceso cobró más unidad con una presencia religiosa cada vez más fuerte. Esta dimensión impregnó en mí una trascendencia desconocida y se unió de forma absolutamente natural al Teatro, que era la vida misma, a la Psicología y al Psicoanálisis que era, a mi modo de ver, la mejor manera desde lo humano de comprenderla y a la Sociología, con su utilidad para pensar y estructurar proyectos en la actividad de la docencia y la investigación en general.

Confieso que se me dio vueltas el problema: la docencia se amplió al misterio de las personas que conversaban conmigo, a Dios, y la investigación pasó de ser algo técnico para convertirse en pregunta vital. Ya mi interés no era tanto demostrar una hipótesis con un buen método, sino a través de ello llegar a las preguntas latentes más fundamentales de la vida, de mi vida.

De tal manera que desde una actividad académica rigurosa, exigente conmigo y con los demás, he llegado a una más amplia, más abierta, y el trabajo en la Escuela de Teatro se fue convirtiendo cada día más en encuentro, reflexión y *remezón* de mis preguntas y mis fantasmas. La vida en la Escuela de Teatro, la conversación larga con otros profesores, ha sido un continuo ir y venir de interrogantes, dudas, luces o sombras, conflictos y problemas

fundamentales de la vida. Tal vez mi cercanía al Teatro se funde también en ese estado de *equilibrio precario* que es el fundamento del drama, núcleo de este trabajo, drama que percibí y sentí siempre en mi propia experiencia vital.

Ello se manifestaba también en otros encuentros, ya fuera con Molière y sus **Preciosas ridículas**, Schiller y **María Estuardo**, **Casa de muñecas** de Ibsen, **La balsa de la medusa** de E. Wolff, **Doña Ramona** y, para qué decir, con **La vida es sueño**, o **Hamlet**, sólo para citar algunos hitos importantes que fueron fuente de mi honda reflexión. Es en torno a estos personajes teatrales, a montajes y personas, directores, actores, pensadores, alumnos y profesores que en ellos participaron que mi mente se desarrolló. También se debe a Freud, Melanie Klein y Bion. Y, muy especialmente, a las enseñanzas de la Iglesia en el **Vaticano II**. Todo esto transformó mi vida y hoy, con el paso de los años, me detengo y lo siento un continuo *desde mí*. Nunca he trabajado en esta Escuela sino con *mis vísceras*, y mis alumnos y compañeros de trabajo han sido testigos de mis nuevos amores con el paso del tiempo.

Aprendí, en definitiva, que trabajo y vida son inseparables y que el estancar una de las cosas detiene la otra. Por eso mis reflexiones actuales me hacen comprender que uno entrega de sí sólo aquello que uno es y **hace con uno mismo**. ¿Cuántos fracasos de buenos profesionales hemos visto porque no han sabido *ver* dentro de ellos y de los otros lo que era fundamental? Creo que nuestra ignorancia acerca de nosotros mismos, de nuestras estructuras mentales a veces rígidas, constituye en definitiva la única, o la principal, causa de un mal desempeño profesional. Un buen profesor en esta Escuela o en otra debe estar principalmente al servicio de su *autoconocimiento*, del encuentro consigo mismo, de su propia conversión personal. Sin ello, sólo hay trabajo repetitivo y estancado, cuando no una mera proyección de miedos personales y angustias que atacan y agreden fuentes *buenas* de conocimiento y desarrollo profesional.

Así, mi paso por esta Escuela es un paso de vida, de dolor, de madurez y de profesionalismo, en el sentido de unir cada vez más mi experiencia vital y personal al trabajo mismo. ¿De qué docencia podemos hablar si no está impregnada de convicciones nuestras que realmente nos movilicen hasta las entrañas? ¿De qué investigación o creación artística, si en ello no va la *verdad* de una persona en búsqueda y en tránsito hacia una mayor verdad? La Escuela de Teatro me ha enseñado que todo lo externo es caduco, que cada personaje teatral es la *punta de un iceberg* que esconde y expresa mil vicisitudes humanas a ser descubiertas si *se tienen ojos para ver*. Por eso, en mis últimos trabajos he puesto mi energía, junto a otros, en la creación de los Postítulos de Teatro, por constituir una nueva instancia donde nos comprometemos con otros alumnos más maduros, que vienen de otras escuelas y otros países, a los cuales les entregamos un punto de vista, una visión estructurada de mundo y de lo que debe ser el Teatro en sus niveles más avanzados.

Son los Postítulos mi último gran proyecto académico y en ellos he resumido toda esta experiencia, uniendo mi visión religiosa con la psicológica y la teatral. Conectando profesores que vienen desde distintas áreas y estructurando un proyecto académico que, en lo posible, dé respuesta a la crisis cultural que vivimos y sirva para formar mejores *personas* que iluminen a otras en esta sociedad difícil y masificada en la que nos movemos.

Los Postítulos de Teatro fueron creados para abrir un nuevo espacio, inexistente en el país y en Latinoamérica, pero por sobre todo para *contener* una crisis, un problema de la cultura y del teatro actual en nuestro país, que remite a la existencia del *sujeto personal* –y sus posibilidades y angustias– en este momento. Su ligazón a la contingencia cultural y a la visión cristiana, unido a altos niveles reflexivos y artísticos, fue su propósito inicial.

Así las cosas, hoy me encuentro *en la mitad del camino de la vida*, intentando aumentar la sabiduría, controlar mis defectos, buscando cada día más dejar el poder y las exigencias formales, para descubrir con mayor fuerza aquella otra parte de la vida: lo profundo, lo espiritual, lo misterioso, lo inmaterial, lo ausente... Desde allí, o más bien dicho, hacia allá, intento encaminar mis pasos, que transitarán, por otros años, si Dios quiere, entre los vericuetos, luces y sombras de esta Escuela de Teatro.